

nico o realista-naturalista, que no cuenta con las preferencias del crítico, quien acierta a sustraerse a tal antipatía teórica para concluir muy favorablemente respecto de la digna calidad de aquélla: "Si el escritor persiste en el camino seguido hasta el momento, no cabrá distinguir su obra novelesca por ninguna manifestación de originalidad técnica o estilística, por ninguna tentativa de exploración hacia los mil rumbos inéditos que todavía guarda la novela. Pero queda, sin embargo, igualmente garantizada la seriedad, robustez y consistencia de su trabajo".

No hemos de ir autor tras autor asintiendo o discrepando (nunca gravemente) a las aseveraciones de A. Quien haya leído las novelas que éste enjuicia comprobará por sí mismo la seriedad con que procede y concluirá favorablemente impresionado; quien no haya leído las obras comentadas entrará, por las palabras de A., en deseo de hacerlo. Esperemos que no tardando salgan las entregas previstas para completar el conjunto ahora iniciado; digase entretanto que en los ensayos de A. tenemos una guía serena y honrada.

JOSE MARIA MARTINEZ CACHERO.

RICARDO GULLÓN.—*Conversaciones con Juan Ramón Jiménez*.—(Madrid, 1958. Vol. I de la col. "Diálogos", de Ediciones Taurus.—204 páginas, con varias láminas).

Hacia ya algún tiempo que Ricardo Gullón se dedicaba a reunir materiales en España para la composición de un libro acerca de *El modernismo y Juan Ramón Jiménez* cuando (agosto de 1953) emprendió viaje a Puerto Rico con el encargo de profesar un curso en su Universidad. En Puerto Rico residía entonces el matrimonio Zenobia-Juan Ramón, del cual se constituyó en asiduo e interesado visitante. Las palabras del poeta orientaban seguramente al crítico: le aclaraban aspectos confusos, le revelaban claros horizontes, le ofrecían signi-

ficativas noticias; de semejante acervo habrán de beneficiarse en su día las páginas del libro aludido. Pero, entre tanto, alguna parte ha pasado a estas *Conversaciones* de hoy. ("Día tras día, o para ser más exacto, noche tras noche, me senté frente a J. R. J., teniendo sobre las rodillas un cuaderno sencillo de apuntes, en el cual, como escolar interesado, tomaba nota, tan extensa como era posible, de sus palabras... Yo escuchaba al poeta con tensa atención e iba anotando sus respuestas a mis preguntas y cuanto en el curso del diálogo se refería, de cerca o de lejos, a los problemas planteados, para acabar registrando todo lo que J. R. decía. Cuanto hablaba me parecía tener suficiente interés para recogerlo, y poco a poco nos fuimos apartando del tema o, mejor dicho, dejando que la conversación fluyera del modo más natural. No tuve entonces otra idea sino la de transcribir con fidelidad sus palabras y opiniones para utilizarlas luego, según lo convenido, como materiales para la obra proyectada. Más tarde, revisando mis cuadernos, advertí que los textos acopiados tenían valor autónomo y podían ofrecer considerable interés para el lector común").

G. ha sido interlocutor atento y fervoroso, registrador fiel de cuestiones y de minucias, cuidadoso transcriptor de tan interesante materia. J. R. estaba entonces —curso 1953-54— "en plena forma", capaz de interesarse por las cosas, explicando además unas lecciones sobre el movimiento modernista en la Facultad de Letras y, dadas tales circunstancias, no es extraño que a su conversación cotidiana aflorasen en tropel referencias y sugerencias muy útiles. Sabemos de la atención que prestaba a la más reciente lírica española (págs. 27 a 29); conocemos pormenores relativos a su creación poética, así: sobre las correcciones que efectuaba en sus versos (págs. 80-81), sobre su aislamiento en habitación madrileña de paredes acorchadas (pág. 82) o atañentes a algún libro suyo en particular: caso de *Diario de un poeta recién casado* o *Diario de poeta y mar* (págs. 83-84), libro que "es el descubrimiento del mar, del amor y del cielo; ... Ortega y Basterra piensan que es un libro metafísico, y tienen razón". A requerimiento de G., el poeta precisa su concepto del Modernismo (págs. 49-51), que "no es un movimiento literario, ni una escuela, sino una época. Como el Renacimiento.

Se pertenece al modernismo como se es del Renacimiento: quíerese o no se quiera". Otro día opina sobre el olvidado poeta premodernista Manuel Paso, cuyo único libro, *Nieblas*, "es el eslabón intermedio entre nosotros y los poetas a quienes llamo precursores: Rosalía y Bécquer" (pág. 55); o advierte el valor del malagueño Rueda (págs. 104-105), víctima de susceptibilidades personales, de malas compañías literarias y de su desmedida, incontrolada e incontrolable facilidad: "... en Rueda hay infinidad de cosas extraviadas, olvidadas, que un antólogo inteligente podría recuperar, haciéndolas valer... A. R. le mataron entre la tertulia de D. Juan Valera y el Museo de Reproducciones; le dieron un empleo en este centro y creyó que vivía en plena Grecia, ...Entonces se dedicó a escribir poemas falsos, olvidando lo propio: su raíz andaluza y popular. Y es el caso que R. tenía personalidad y ritmo propio". Mucho importa la siguiente justa y necesaria aseveración (jueves 10-XII-1953, págs. 112-113): "El término *modernismo* se proyecta sobre la literatura con inflexión deformada. Quisiera mostrar que lo mejor del modernismo es lo que representa una plenitud simbolista; al lado de esto importan muy poco los accesorios con los cuales ha solido identificársele. Lo sucedido con el modernismo no debe sorprendernos. A los grandes movimientos literarios es frecuente caracterizarlos por sus vicios, por lo que más fácilmente retiene la atención del vulgo (escritores incluidos)... Y la gente retiene del modernismo los vicios: cisnes, princesas, nelumbos, el oropel de Versalles... Pero es absurdo juzgar una escuela por los disparates de los decadentes y de los imitadores, que sólo aciertan a imitar lo más fácil, los elementos viciosos que accidentalmente surgen en la creación de los grandes".

A la parte que tiene como protagonista a J. R. (y cuanto él suscita y evoca), se une armónicamente en el diario de G. otra parte más propiamente suya, vivida por éste acaso de manera más efectiva; son sus impresiones ante la tierra, las costumbres o las gentes de Puerto Rico: tal su visita al cementerio viejo de San Juan, donde está la tumba del llorado amigo Pedro Salinas, o alguna excursión, o alguna fiesta con dilectos y gratos compañeros...

Pensamos al concluir la lectura de estas *Conversaciones* que su autor

ha hecho muy bien ofreciéndonos, como testigo que fué de mayor excepción, un vivo y animado trasunto de las inquietudes, ilusiones y trabajos casi últimos de nuestro gran poeta. (Curiosas y poco conocidas fotografías avaloran el volumen, de sobria y hermosa presentación).

JOSE MARIA MARTINEZ CACHERO

CLAUDIO SANCHEZ ALBORNOZ.—“**De ayer y de hoy**”.— Editorial Taurus.—Madrid, 1958.

Claudio Sánchez-Albornoz figura hoy, sin disputa de ninguna clase, a la cabeza de los historiadores españoles. A él le debemos las más certeras búsquedas en nuestro pasado medieval, y el sesgo científico que esa disciplina ha tomado entre nuestros jóvenes historiadores, ligados, de una u otra forma, a su docto y fecundo magisterio.

Sánchez-Albornoz nació en Madrid el día 7 de abril de 1893. Sin embargo, por entrañadas motivaciones sentimentales, él siempre se consideró abulense, centrando en su amor a Avila su desmedido amor por España. En la Universidad Central inició sus estudios de Derecho, que trocó pronto por los de Historia. Fué discípulo de Hinojosa, “hombre de ciencia a la europea”, que moldeó su carácter y acució su vocación. En 1915, a los 22 años de edad, consiguió, por oposición, una plaza de archivero —Archivo Histórico Nacional—, y tres años más tarde ingresó en el profesorado español como catedrático de la Universidad de Barcelona, donde permaneció muy pocos meses. Por concurso de traslado pasó a Valladolid, y de aquí, unos meses más tarde, a Madrid, para sustituir, precisamente, a su maestro. En la Universidad de Madrid permaneció hasta 1936, en que las vicisitudes de la vida española lo llevaron primero a Burdeos, y luego, tras una corta estancia en Mendoza, a Buenos Aires, donde actualmente tiene su residencia. En la Universidad de Buenos Aires, alejado totalmente de toda actividad política, que en él —justo es confesarlo— sólo fué circunstancial,